

Hay un instante, antes de que el fragor se desate, en el que todo parece detenerse. Incluso los pájaros abandonan sus cantos, expectantes a los acontecimientos. El viento apenas sopla, la niebla se sostiene sobre las laderas colindantes con temblor de fantasma primerizo. El aire helado transporta astillas de cristal, restos de la última nevada, que se derriten en la garganta al respirar. A duras penas se distingue el crujido de pisadas sobre la nieve en torno al gran agujero y el ávido gruñido de los animales.

Es un instante lleno de pureza.

Ibón Osset hace un gesto y la acción se desencadena. Es un ademán insignificante, pero los Osset han desarrollado un lenguaje que trasciende las explicaciones. Los dos adolescentes sueltan las correas y los lobos se arrojan contra la carnaza.

Ventisca Osset contempla la escena junto a sus hermanos Ibón y Ferrán, frente a los muchachos. Ha sido un juicio justo. Hay reglas que todos conocen y Javier el Muela las rompió. Tenía un lucrativo acuerdo por el que vendía sus robos a agricultores del Alto Maestrazgo al borde de la ruina, que necesitan adquirir equipamiento barato o recuperar el que los propios Osset les han sustraído. La familia pretendía ampliar la cartera del Muela, una confianza que cuesta años ganarse, como corresponde a una familia cautelosa.

Ahora eso ya no sucederá.

Los Osset no pueden permitirse un descuido así. Todo su poder se sostiene sobre una estructura que no deja cabos sueltos, en la que

el atrevimiento de apropiarse de un porcentaje superior al estipulado es intolerable. Si el asunto se resolviera con una advertencia, la familia estaría acabada.

Así que Ventisca no experimenta piedad ante los alaridos del Muela, que permanece de rodillas en el fondo del agujero que le servirá como tumba. Los chasquidos de sus huesos apenas perturban su semblante. Los tendones que las bestias separan son meras gomas elásticas. Sus vísceras, pienso para lobos. Salvo Acher y Fabián, los adolescentes hijos de Ferrán que jalean la embestida de los animales, nadie dice nada.

Ibón mantiene la mirada fija en los restos del Muela, quien por fin calla mientras es reducido a fragmentos con furiosa minuciosidad. La boca de Ibón permanece enterrada bajo la barba espesa. Ventisca contempla cómo crece la mancha roja sobre la nieve. Ferrán, su mellizo, sigue la evolución de sus muchachos y hay algo en su postura, en la forma en la que planta sus pies, que sugiere un orgullo que raya en vanidad. O quizás solo sea envidia.

Acher y Fabián danzan al borde del agujero, palmeándose las espaldas. Luego giran entre saltos, agarran las palas para alzarlas mientras aúllan al unísono con entusiasmo.

Pronto el hombre se convierte en los restos de un naufragio. Los lobos, saciados, remontan la pendiente hasta el borde, desde donde contemplan a los Osset, como quien cierra un acuerdo. Acher y Fabián acarician sus hocicos enrojecidos, pero las bestias permanecen inmóviles hasta que Ibón alza su brazo. Entonces trotan en busca del bosque y se pierden en él.

Nadie añade una sola palabra. Acher y Fabián comienzan a echar paladas de tierra y nieve al agujero, cubriendo a quien hasta hoy fuera el más estrecho colaborador de la familia. Tras un rato se detienen para contemplar las figuras de Ibón, Ferrán y Ventisca, los tres hermanos, que caminan por el sendero nevado que lleva hasta el hogar.

El sendero que lleva hasta Muerdealmas.